

Y cómo no, si vemos que todos los pueblos en todos los tiempos y de todas las regiones, sin ponerse de acuerdo, han proclamado lo mismo que proclamó el pueblo de Israel y hoy proclama el pueblo cristiano!

CAPITULO XXIV.

SUMARIO.

La tradición universal de los pueblos confirma la existencia de las demonios.—La misma es inexplicable bajo el concepto de que no son más que mitos.—En Persia son tenidos como seres reales *Ariman* y los *Dews*; *Ozrmud* y los *Darudes*.—En Egipto *Tifon* y sus legiones.—En Grecia *Pluton* y los *Agato-demonios*.—En otros pueblos los *Kury*, los *Daitias*, los *Racsasis*, &c.—En el Perú *Eponamon* y en México *Miclansecutli* ó *Tzontemoc*.—Esto por lo que ve á los nombres, en cuanto á la cosa, poetas historiadores y filósofos dan idea precisa de ello.—Extracto de una carta de Porfirio á Anebon.

La creencia en la existencia de Satanás y de los génius maléficos que preside, es universal. Con diversos nombres, pero sustancialmente los mismos, han sido reconocidos en todas partes. No creyeron una cosa los hebreos, ni otra los

persas, los fenicios, los egipcios, los griegos, los romanos, los germanos, los galos, los chinos, los indios, y, en suma, los americanos. Todos estos grupos sociales, tan diferentemente constituidos, todas estas razas de organizaciones tan variadas, todos estos seres pensadores separados por el lenguaje, las costumbres y las distancias; todos estos miembros dispersos del gran cuerpo de la humanidad, sabios ó ignorantes, civilizados ó bárbaros, entendieron de la misma manera y vieron con la misma claridad y se condujeron uniformemente en todo lo relativo á la existencia de esos seres degradados, enemigos del hombre y trastornadores del mundo.

Y no se comprende semejante acuerdo, conformidad tan universal, si hacemos un puro *mito* de lo que es objeto de uno y de otra.

Un puro *mito* no pasa de una invención; y es imposible que todos los hombres hayan inventado lo mismo, si ántes no hubieran entrado en discusión y en consulta, lo cual en el caso, no se puede suponer.

Y es más imposible todavía, no solo que hayan inventado, sino aún que hayan pensado en inventar aquello que les serviría de tormento. Si, pues, se acuerdan y se conforman, es porque lo que los atormenta, lo que hace su desgracia,

existe á su pesar. Un error iniversal en circunstancias tales y en cosas que pueden decirse y que se sienten, es imposible para la humanidad. Está bien; pudo errar, por ejemplo, acerca del movimiento del sol: no podía trasportarse á la órbita de aquel astro, ni contaba con los medios que despues ha ministrado la ciencia para salir de un engaño, que por otra parte disculpaban las apariencias.

No sucedía igual cosa, ni parecida, con los hechos demoniacos, cuyo teatro era la conciencia de cada uno de los hombres, y de cuya verdad se podían persuadir con el auxilio de todos los criterios, incluso el de los sentidos. En materia de hechos que presenciamos, que se suceden á nuestros ojos, y en los que hasta cierto punto somos actores, no cabe error, salvo que los sentidos estén enfermos y los entendimientos trastornados. De suerte que es necesario suponer una demencia general en todo el linaje humano, y forzoso afirmar ántes, que éste ni veía, ni oía, ni sentía, ó lo que es lo mismo, que era ménos que un autómeta y una verdadera máquina. Locos ó autómetas fueron entónces Moisés y demás escritores sagrados, cuya sabiduría admiran aun los mismos que los atacan; locos ó autómetas fueron Homero y Hesiodo, Sanchoniaton y

Jenofonte, Aristóteles y Platon, Eurípides y Esquilo, Plutarco y Virgilio, Ovidio y Terencio, etc., etc. Locos ó atómatas fueron los padres de la Iglesia, Orígenes y Tertuliano, el Crisóstomo y San Agustín, y los mismos filósofos paganos de este lado de la Cruz, Porfirio, Jámblico, Varro y Plotino. Locos ó autómatas, fueron y son todos los cristianos de diez y nueve siglos, los heresiarcas todos, y los protestantes de todas las sectas conocidas, pues todos han afirmado y afirman la existencia del demonio y sus perniciosas legiones.

Si los modernos magos ó los espiritistas, nacidos ayer, son los únicos cuerdos, los únicos que tienen expedito el uso de sus sentidos y de su razon, ellos solos han hecho el monopolio de la verdad. Pero ¿qué sucede entónces con Dios que pensando criar un mundo en que reinasen el orden y la belleza, y en donde combatieran y triunfaran sienpre la verdad y la virtud, edificó apénas un hospital vastísimo y una casa de orates inmensa?

Abrid las historias y véreis en ellas á Satanás y los ángeles bíblicos, con el solo cambio de nombres, consecuencia precisa de la diversidad de lenguajes.

Entre los medo-persas y á orillas del Tigris y del Eufrates, encontrareis á *Ariman* y á los *Dews*, raza de inteligencias perversas que se ocupan en hacer la guerra á *Ormuzd* y á los génios benéficos que le sirven, y á los *Darudes* entretenidos en hacer todo género de males á los hombres (1).

Bajad á las riberas del Nilo, y tropezareis con *Tifon* y sus ejércitos, consagrados á las mismas tareas.

Grecia os hablará de Platon y del inmenso número de seres espirituales que llama *agato-demonios*. Roma no hará otra cosa que repetir las palabras de la Grecia.

En las comarcas que Confucio constituyó, dareis con los *Kuey*; en la India con los *Daitias* los *Racsasis*, *Yucseis*, *Pisatsis*, *Sarpuis* y *Naguis* (2); en Africa, con *Atahenstico* y sus servidores; en el Taibet, con los *Lahs*; en Germania con *Teutatés Teuston*; en la Nueva Zelandia, con *Tis*; en el Perú con *Eponamon*, y en México con *Miclantecuitle* ó *Tzontemoc*. De un extremo á otro del mundo resonará diferente voz; pero resaltará la misma idea.

(1) *Zend Avesta*. Tomo 2º c. I, n. 3 y 4 publicado por Duperron.

(2) *Sauthier*. *Ley del Manú Lib. 1º*.

Mas si no os contentan los nombres, no puede ménos de contentaros la cosa que los poetas, los historiadores y los filósofos de aquellos pueblos y tiempos, describen con la precision que describieran el hogar en que vivieron y las batallas que presenciaron.

Queremos poner aquí un extracto de la carta que el filósofo Porfirio dirigió á Anehon, sacerdote egipciaco que le consultaba su opinion. ¡Cómo sentimos no reproducirla íntegra!

Comienza este *gran filósofo y sabio ilustre* [1] á sublevarse contra los demonios, y de ellos dice que tienen una loca pasion por el espeso vapor de los sacrificios, concluyendo de aquí que no residen en el cielo, sino en el aire, abajo y en el globo de la luna.

No se atreve, sin embargo, á atribuir á todos los demonios las maldades, locuras y falacias de que da testimonio. Asienta que hay demonios buenos, aunque confiesa que la demencia es su carácter general. Se admira de que los dioses no solamente son atraidos, sino forzados y obligados por las víctimas á hacer todo cuanto los

[1] Así se llama la "Ilustracion Espirita" núm. 23, Enero 15 de 1873, lo mismo que á Amonio. Plotino Platon, Hierocles y Jámblico, de quienes desea hagamos citas mas extensas. Vamos á darle gusto en parte.

hombres les piden, y de que cómo, si se distinguen de los demonios en que estos tienen cuerpo y aquellos no, se cuenta entre el número de los dioses el sol, la luna y los astros. No puede comprender que se diga, si estos son dioses, que los unos son benéficos y maléficos los otros, y que se asocien seres corporales á los dioses que son incorporeales. Se pregunta todavía, con expresion de duda, si los que predicen el porvenir y hacen prodigios tienen inteligencias más poderosas que los otros, ó si han adquirido este poder de algunos espíritus extraños; juzga que esta opinion es la más plausible. "De donde se sigue, dice, que muchos creen que hay espíritus de cierto orden; que prestan oido á las evocaciones de los hombres, y que son naturalmente falaces, que toman toda clase de formas; se cambian ya en dioses, ya en demonios, ya en almas de difuntos; y que estos son los que hacen todo lo bueno y lo malo que parece suceder, aunque en el fondo no contribuyan jamas á lo que es verdaderamente bueno, todo lo cual ignoran; y no dan más que consejos funestos, dirigen reproches y se oponen á aquellos que siguen el camino de la virtud; son temerarios y están henchidos de vanagloria; se saborean con la grasa y el humo de los sacrificios y se embriagan con la

lisonja." Enumera todos los otros vicios de estos espíritus maliciosos y engañadores que fascinan á los hombres dormidos ó despiertos.

Prosigue, sin embargo, y habla de ciertas cosas que bien consideradas no pueden atribuirse á que más potencias malignas. Pregunta, por ejemplo, porqué despues de haber invocado á los espíritus buenos se manda á los malos á ejecutar las voluntades injustas de los hombres: por qué no oyen la oracion de un hombre que sale de los brazos de una muger, cuando ellos mismos no vacilan en precipitar á los hombres en el adulterio y en el incesto: por qué ordenan á sus sacerdotes abstenerse de la carne de los animales cuando ellos mismos se gozan con la grasa de las víctimas: cómo un hombre, entregado á toda clase de vicios, puede amenazar no solamente á un demonio ó al alma de algun difunto, sino á cualquiera de los dioses celestes, á quienes intimida con vanos terrores para sacar de ellos la verdad. Porfirio parece no poder explicarse todos estos fenómenos, sino considerándoles producidos por esos espíritus engañadores, no por naturaleza, como lo asegura, sino por su propia malicia, los cuales, agrega, se hacen pasar por dioses ó almas de difuntos y no por demonios, porque realmente lo son. Termi-

na su carta el expresado filósofo, suplicando á Anebon, le diga de qué manera la ciencia de los egipcios puede conducir á la felicidad. Y con respecto á aquellos que no conversaban con los dioses y no los importunaban, sino con peticiones de bienes temporales, declara, sin vacilar, que estas gentes vanamente hacen profesion de sabiduría. Y añade, que aunque las predicciones de estos dioses fueran ciertas, no serian ellos ni dioses ni buenos demonios, por solo el hecho de no dar consejos que interesen á la felicidad, sino que serian ó espíritus seductores ó ficiones puramente humanas.

Hasta aquí el extracto de la carta del filósofo Porfirio al sacerdote Anebon.